





COMO EL MUNDO MISMO



Antonio de Haro

# COMO EL MUNDO MISMO



Primera edición: enero 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Antonio de Haro

ISBN: 978-84-18097-30-0

ISBN digital: 978-84-18097-31-7

Depósito legal: M-38044-2019

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5. Local

28002 Madrid

[editorial@editorial-adarve.com](mailto:editorial@editorial-adarve.com)

[www.editorial-adarve.com](http://www.editorial-adarve.com)

Impreso en España

*Este libro va dedicado para todos aquellos que han compartido sus experiencias y su vida conmigo. Y para todos vosotros que vais a tener el placer de leerlo y sumergiros en una historia COMO EL MUNDO MISMO.*

VIVA LA VIDA...





# ÍNDICE

Capítulo I LA NOCHE DE LAS ANTORCHAS.....	11
EL MÓVIL.....	15
LA BÚSQUEDA.....	55
LA TRAMA.....	153
Capítulo II LOS QUINCE SENTIDOS .....	179
EL CONFLICTO.....	247
EL DESENLACE.....	316



# Capítulo I

## LA NOCHE DE LAS ANTORCHAS



Martes, 23 de marzo, principio de la primavera en una acogedora granja de Dallas.

(Texas)



## EL MÓVIL

—Tranquilo, chico, ya estamos aquí.

Miré hacia arriba y entré en una profunda confusión; empecé a no saber dónde estaba.

Aquella mañana el espesor del aire me impedía respirar en aquel cuarto encarnado de sangre. Pedazos de mi vida colgaban de él. Mis pensamientos embadurnados por el rencor, la venganza y la rabia mordían mis lágrimas hasta derramarlas en mi amarga soledad. Todo lo que sentía, todo aquello que descubrí en este mundo, me lo habían arrebatado con una conquista cruel y mentirosa que me dejó tatuada la pena y la desgracia en los latidos de mi corazón.

La habitación era un corre y pregunta, pero sin respuestas. Los agentes pasaban distorsionados por enfrente de mi cuerpo inerte y casi sin vida.

—¡Eh, chico, chico, responde! ¿Has sido tú el que ha descubier-to el lugar del crimen? —me dijo, mirando una foto familiar que se encontraba encima de la mesita.

—¡Dios, si eres su hijo! ¿No, chico?

Y yo, mientras, balbuceaba en la ignorancia de si valdría la pena contestar a un asedio de preguntas toda la noche. Estuve expuesto a la duda varias horas por aquellos agentes que describían el lugar del crimen como si de un cuadro se tratara. Averigüé un sentimiento de vacío dentro de mí que nunca hubiese valido la pena conocer si no fuese por el dolor inútil que produce la desgracia. El desgarror que se me llevaba mi persona e incluso parecía que mi alma me estaba mirando, sentada fuera de mí y esperando alguna respuesta

mía, para que me pudiera acompañar en este rato de cenizas que cambió mi vida.

Mis padres estaban muertos, asesinados. Sus cuerpos se posaban en la pared de encima de su cama. Los dos estaban crucificados, sus rostros apagados, sus cuerpos embadurnados de sangre y la indiferencia se veía dentro de sus ojos. En el medio de ellos, una gran pintura hecha con su propia sangre separaba el uno del otro. Era un gran volcán con un ojo en su cráter. Una imagen tenebrosa de algo que debe rondar por los confines del demonio. Las paredes y la cama estaban salpicadas de sangre por un crimen atroz.

Mi lenguaje se deterioraba ante las preguntas de los agentes, pero ellos insistían una y otra vez.

—¿A qué hora aproximada llegaste?

Encogí mi voz y tímidamente contesté:

—Mi avión llegó a las 23:00 h y yo llegaría a casa sobre dos horas más tarde.

—¿En qué aeropuerto?

—En el aeropuerto de Dallas, en Fort Worth.

—¿Y dónde estuviste esas dos horas?

Intuí que esta conversación no iba a ser nada dulce ni iba a aliviar mi rabia. Simplemente tenía que guardar la compostura y reprimirme en mis palabras.

—Esperé a recoger el equipaje, me tomé una hamburguesa y un refresco y cogí un taxi, que me trajo directo hasta aquí.

El poli se giró mordiendo el viento.

—Paul, averigua los taxis que estaban a esas horas en el aeropuerto y que te digan quién hizo el trayecto hasta aquí ¿No oíste unos ruidos fuera de lo normal ni viste nada que te inquietara hasta llegar a la habitación?

—Me pareció oír unos pasos por el jardín de la entrada y como si una mirada me penetrara y luego unas ramas secas se quebraron, pero al momento Rocco vino a mi encuentro.

—¿Quién es Rocco? ¿El chucho de la entrada?

—¡Sí, el chucho de la entrada!



—¡Dime, Paul!

—El forense dice que los cadáveres llevan tres horas muertos.

—Tres horas. En ese tiempo les hubiese dado tiempo a dormir al perro y despertarse después. Mirad a ver si el chucho está medio atontado. ¡Pero sargento...! No te quedes ahí parado, que lo vea el forense. Algo tiene que saber de eso también. Bueno, chico, prosigue.

Mi cabeza cayó refugiada en mis brazos y mi mirada bajó más profundo que el infierno, pero él siguió insistiendo.

—Bueno, prosigue chico ¿Y cuándo entraste?

Yo me armé del poco conocimiento que tenía y con mucho valor me dije que tenía que acabar cuanto antes mejor esa absurda investigación.

—Luego, cogí la llave, que seguía estando en el mismo sitio de siempre y, como se puede imaginar, yo lo conocía.

—Sí, ¿y dónde?

—En la caseta del perro, como siempre ha estado allí. La cogí para darles una sorpresa. Entré, dejé la maleta y mi mochila, y subí al cuarto porque supuse que estaban durmiendo, al estar todas las luces apagadas.

—¿Y cuándo decidiste llamarnos? ¿Tardaste mucho?

—¡Yo...Yo...! —la confusión se apoderó de mí—. Yo no he llamado a nadie.

—¿Cómo que no? ¿Y qué hacemos nosotros aquí?

—Eso, ¿qué hacen aquí? —mi cuerpo estaba agarrotado y mi voz, muda.

—Yo solo oí unas sirenas y... —mi mente cambió de aspecto y se perdió en el tiempo. No sabía reaccionar, conjugar el tiempo que estaba pasando y el porqué. Y dije con voz confusa y temblorosa—: Yo no he llamado a nadie, se lo aseguro.

—¡No puede ser! Tranquilízate, chico ¿Quieres un vaso de agua? —reaccionó aquel instrumento de la justicia sin sentimientos.

—No, gracias. Quiero terminar cuanto antes. Salgamos de la habitación y terminemos esto de una vez.

Mis ojos bailaban entre el fuego y la desesperación y se salían de mi cabeza para volver a mirar aquella atrocidad en forma de monumento infernal, pero mi alma me empujó a salir de allí sin echar la vista atrás.

—Siéntate, chico, y piénsalo bien, pudo ser una acción refleja que hicieras sin enterarte, sin pensarlo, un acto reflejo producido por la confusión —su mirada se suspendió frente a la mía y me volvió a preguntar—: ¿Tú nos llamaste? Tenemos una llamada hecha desde esta misma casa, hecha instantes antes de venir nosotros. Somos de la comisaría más cercana; solo está a unos diez minutos de aquí. ¿Quieres decir que estuviste aquí sentado y tú no llamaste? ¿Y entonces quién nos llamó? Danos una explicación.

—Yo no fui. Yo no me he meneado del rincón hasta que llegaron.

—¿Y cómo es que no te has extrañado de vernos?

—No estoy para razonar mucho, estoy confundido —dije acobardado y avergonzado por no saber qué estaba pasando aún.

—No puede ser, chico —gritaba con los puños cerrados y mirando a la indiferencia—. ¿Quieres decir que han llamado los asesinos, han estado aquí durante tres horas, después de los asesinatos, se han largado y nadie los ha visto, ni nosotros mismos nos hemos cruzado con ellos de camino? ¡Uuuuuh!, buscadme al taxista ¡ya! Esto es inhumano.

La casa se entumeció al oír al sargento gritar. Y yo sentía que ya era inhumano desde que entré en aquella habitación desolada.

—Empecemos de nuevo. Todo esto no me cuadra.

—Sargento, venga. ¡Mire! Hay unas pisadas recientes en el jardín de la entrada, como de unas botas que salen de la casa y no coinciden en absoluto con las zapatillas del chico. Y por la parte de detrás de la casa se distinguen varias pisadas de al menos tres personas diferentes; unas que entran y, mire, luego salen por encima de las otras. Piense que en la posición en que se encontraban los cadáveres es imposible que el chico solo los pusiera así.

—Ya lo sé, Paul ¡Ya lo sé, gracias! Localízame al taxista y averigua más sobre estas pisadas. Cógele las huellas de las zapatillas al chico.

Se giró rápidamente.

—A propósito, ¿las dos chicas que están en la foto contigo son tus hermanas?

—Sí —contesté sin aliento alguno.

—¿Y dónde se encuentran ahora?

—Murieron las dos, hace tiempo.

—Lo siento, chico, perdona.

El sargento suspiró inhalando su imprudencia momentánea, pero se acercó a su compañero y se oyó un susurro de desconfianza:

—Acuérdate de investigarlo cuando aclaremos un poco esto.

—¡Bueno, chico! ¿Tienes dónde dormir esta noche? Porque supongo que no querrás dormir aquí.

—No, tranquilo, dormiré en la casita del lago.

—Puedes estar tranquilo tú también. Nosotros estaremos toda la noche aquí y no te molestaremos. Si deseas algo, solo tienes que llamarnos.

El sargento estaba ejerciendo su papel más tierno desde que lo vi por primera vez.

—¿Podría subir al desván a coger unas pertenencias personales?

El sargento me miró con una dulzura prudencial.

—Sí, sube, pero no tardes. Luego te acompañaremos a la casa del lago.

Subía escalón por escalón, con mi cabeza bloqueada en mi niñez. Quería despertar esa felicidad que la inocencia me ofreció de pequeño. Sabía que encontraría mis mejores recuerdos y las telarañas, que se refugiaban en mi declive impertinente que le di al enfoque de mi vida. Abrí la puerta como si en otra vida estuviera entrando. Una tenue luz brillaba por la única ventana de aquella alcoba, que suspendía en su polvo el olor a viejos recuerdos. Tropecé con unos viejos trastos, que en su día eran mi diversión de aquellos días infinitos en que cada minuto tenía su valor en mi corta vida. La luna seguía iluminando tenuemente por la ventana y las estrellas estaban inmortalizadas, sin parpadear; eran como espectadores sorprendidos en una función sin sentido.

Vi el viejo baúl donde mis hermanas y yo guardábamos todas nuestras mejores fotos y unas pulseritas de colores que nuestro tío nos hacía cada Halloween. Eran las pulseras de la felicidad, para que esa noche no tuviésemos miedo y pudiésemos dormir tranquilos. Abrí el baúl y allí estaban todas aquellas maravillosas fotos y las pulseras de la felicidad. Mis brazos se encallaron en la tapa de aquel baúl, mi nobleza como hermano echó a llorar y toda aquella felicidad que notaba en mi interior se confundía con mis lágrimas y mi impotencia brotó con ellas. Pude ver un viejo libro de cuero marrón, como una agenda, con un lazo azul oscuro, que sobresalía entre las pulseras y unas fotos. Me dispuse a cogerlo, retiré aquellas pulseras y aquellas fotos, no sin antes parar y coger una foto que se me presentó como un ángel caído del cielo ante mi mirada turbulenta. La verdad es que eran dos ángeles para mí, aunque muy iguales. Cogí aquella foto de mis hermanas gemelas y me la guardé en el bolsillo de la camisa. Cogí el diario y mi curiosidad hizo lo demás, abrirlo. Cayó una carta de dentro, mi intriga empezó a correr por mi indecisión de si abrirla o dejarla donde estaba. Me senté en el suelo y durante unos segundos seguí debatiéndome en si era correcto o no, pero al final mi curiosidad otra vez pudo conmigo y me dispuse a abrirla. Era una carta escrita por mi tío y además era de amor. Mi tío Sam era el padrino de mis hermanas y un padre para nosotros. Era el único que nos visitaba de pequeños, allí donde estuviéramos, de toda la larga familia que tenemos. Era con el único con el que manteníamos roce, pero de repente un día desapareció sin decir nada y nunca más volvimos a saber de él. Los tres pasamos un verano muy largo añorándolo y al ser tan pequeños no comprendíamos por qué se había ido. Y nuestros padres tampoco, porque ellos tampoco lo entendieron. Yo me acuerdo de ver aquel verano a mi madre sentada por las tardes en el balcón de la terraza, leyendo un viejo diario, creo que era el que tenía en mis manos, no me extrañaría, ya que en los largos viajes que hacía a menudo, tendría muchas cosas que contar.

Leí el remite de la carta de amor de mi tío, que ponía:

Al amor eterno, al placer de amar y sentirse amado, a la realidad de nuestros sentimientos, a todo aquello que roza el cielo. Y a ti, cariño, que me haces viajar al universo cada vez que te tengo «Desde que no te veo, los pétalos de las flores de mi jardín ya no tienen color. Me retraigo en mi pequeño corazón, que se encoje cuando tú no estás. En mis sueños las nubes se menean con mi palpitar y en el cielo tus ojos están pintados día y noche, enmudeciendo a las estrellas y al viento. El delirio del aire lleva tu aroma dentro de él. Mi vida pasa entre molinos de viento que abanicen mis suspiros y viejos ríos que refrescan mi mundo cuando pienso en lo bonito que es tenerte a mi lado. Duermo solo por despertar y volverte a ver cubierta en el blancor de mis sábanas, que acarician tu cuerpo. La alegría de mi vida es el llanto de felicidad que mi sonrisa ilumina al recordarte todos los días. Y en esta carta en la que la felicidad reina, espero que comprendas lo mucho que te echo de menos y por eso espero ese día en el que tus labios sean los míos y mis manos vuelvan a sentir el placer de lo que es tenerte abrazada. Sin más me despido, llevándote todos los ángeles a tu lado, para que envuelvan tu mundo y lo llenen de felicidad».

Un beso y un abrazo de tu amor eterno,  
SAM

Mi romanticismo se quedó inmóvil y corto ante tanto derroche de amor y de dulzura.

Luego guardé la carta en el diario, guardé el diario; no sé si por respeto o porque ya tenía bastante para recordar aquel día. Cogí tres pulseras de la felicidad, que eran pulseras muy sencillas de diferentes colores que se ataban en la muñeca, pero con una peculiaridad, tenían un hilo plateado enhebrado en el centro. Me las

puse en la muñeca izquierda, cerré el baúl, bajé las escaleras y me dispuse a decirle al sargento si me podía ir a descansar a la casita del lago.

—Ya, sargento.

—Ya, chico, ¿no nos ocultarás nada allí arriba?

—No, sargento, allí arriba solo hay recuerdos personales.

—Bien, acompáñalo hasta el lago, Peter, y te quedas por los alrededores.

Me dirigí a un pequeño lago que había enfrente de la casa familiar, en la que teníamos una pequeña cabaña de montaña, donde yo me refugiaba en mis largas noches de meditación con la sombra de la noche y el reflejo de la luna, que se sentaba sobre las aguas del lago. En el silencio de aquel lago, su voz tenue pero precisa, me contaba alabanzas que me hacían sobrevivir en aquella tranquilidad, de aquellos veranos en los que mis años corrían tan deprisa como una estrella fugaz o como la vida loca que llevaba y que quise enfrentar con la felicidad. Me tumbé en la sudada hierba y compuse el arpa de mi vida con mis lamentaciones y quejidos, que llenaban mi corazón de baladas tristes conjuntadas con unas lágrimas que penetraban en el interior del lago. Fue un momento invadido de sentimientos positivos en mi vida. Vi la profundidad de la vida en aquel preciso momento. Mi buen amigo Rocco me consolaba aun sabiendo que su pena era tan grande como la mía. Se podía apreciar ese sentido con el que solo un buen amigo te llena en algún momento.

Se dispararon mis ideas, todo aquello que me dejé y no supe coger. La diversidad de colegios, amigos, gente que conocí, circunstancias, sensaciones... Todo aquello que quedó estancado en el dique que mis topos que recorrían mi mente aislaron.

En el reflejo de aquel lago veía mis años transparentados, evaporándose en multitud de fracciones cristalinas que me mostraban tantos ratos y tantas confusiones que mi cabeza estallaba en agujeros negros que hubiese querido descifrar en mi vida. Pienso que supe ver la vida cotidiana y no las situaciones que creía que no

tenían importancia, pero con el tiempo la cobraban toda; y al revés, el valor de todo aquello a lo que le di un sentido especial y ahora no tiene importancia; ante el verdadero problema que tenía, las cosas que antes me preocupaban ahora son pequeñeces ante la desgracia de la vida y la pérdida de alguien amado. Todos aquellos dolores de cabeza y malestares en mi vida y en la de mi entorno que creaba por cosas que no se correspondían con el valor que tenían en la vida. Todo aquello sin fundamento alguno que no supe resolver sin el enfado y el odio, y hasta la envidia no reconocida. Hoy, en plena soledad, reconozco todo lo que la vida me ha ofrecido y todo lo que fui perdiendo por una absorción de circunstancias que ella me ofrecía y yo no supe coger. Estaba metido en mi propio escaparate, con el reflejo de lo que creía que debería ser lo importante en mi vida y las circunstancias que llenarían de valor absurdo mis vitrinas de trofeos sin sentimientos. En pocas auroras que di color en mi mente, iluminé mi vida de esos sentimientos, esos valores humanos: de amor, de comprensión, de sencillez, de bienestar, de paz interior, de saber quién era y qué era lo que tenía a mi alrededor. Solo con mis libros de poesía y mis escritos a media noche me relajaba en la inconfundible soledad que me creaba en mi sabiduría fraudulenta, que creía que era mi realidad y mi felicidad. Arriesgaba sin dolor adverso a mi sonrisa incrédula. Corría entre multitudes, disfrazado de mí mismo, de la imagen que creé en mi escaparate, con una doble personalidad, que me hacía reír y llorar a veces al mismo tiempo. Era una visión aguda y con un aprendizaje costoso para mí y para las personas que más me querían.

Sentado en aquel lago, vi la que fue la orilla de mi vida y de mi gente; me di cuenta de que casi había llegado a disipar todo aquello que tocaba, en gotitas de dolor, con una imagen encallada dentro de una juventud revolucionaria y provocativa de cara a la realidad, pero sin valor alguno para el verdadero cariño y amor que yo sentía por dentro de mi camuflaje externo ante la vida.

Me acordé de la carta que leí en la alcoba, donde mi tío describía un amor eterno como si de una luz de esperanza se tratara, y

en mis sueños se me apareció aquel diario polvoriento que durmió tanto tiempo en el baúl de mi casa. Pasé la noche amotinado en miles de sueños, casi sin saber en qué mundo estaba y si todo había sido un sueño más.

Desperté entre agujas que pinchaban mis ojos enrojecidos por la tristeza. Mi fiel compañero estaba tumbado con su nariz enfrente de mi mirada y sus ojos de inocencia mirándome, mientras sus parpados pestañeaban. Miré al lago y mi vida despertó en el momento tormentoso que estaba viviendo: la realidad se hizo eco de mí, entre el reflejo de unos rayos de sol que nadaban en la superficie del lago. Me agaché y le puse la mano a Rocco en la cabeza.

—Vamos, fiel compañero. Nos espera un largo día.

Me dirigí a la casa y mi cabeza, aun retorcida, curioseaba por saber qué habría en aquel viejo diario que mi madre leía en sus tardes veraniegas. Pensaba si podría saber quién era mi tío de verdad y si guardaba algún misterio que yo no sabía. Pero mi realidad volvió a hacer eco en mí, aquel sargento y sus secuaces estaban merodeando por la casa.

—¿Qué tal, chico? ¿Ya te has despertado? No te vayas muy lejos, tenemos que hacerte unas preguntas. Ya hemos localizado al taxista y... ¡Bueno! Luego hablamos. En el comedor hay café y donuts.

—¡Qué cordial bienvenida! La foto perfecta: unos policías y sus donuts.

Me dirigí al comedor, pero no sin antes hacer una visita al baúl de la alcoba y coger aquel misterioso diario. Bajé, lo introduje en mi vieja mochila y salí de aquella casa que se había vuelto triste y desconsolada para mí, como ajena a mi vida anterior.

Paseé por el jardín con mi fiel compañero y apoyo en aquel momento, Rocco, que me abrigó toda la noche del desasosiego desgarrador, tras la pérdida inhumana de mis padres.

—¡Por favor, chico! Perdona, pero esto es una investigación criminal y no se puede estar en la escena del crimen, ni en los alrededores, hasta que hayamos finalizado todas las pesquisas pertinentes.



Escurrí una sonrisa de simpatía de muy dentro de mí, que no sabía que aún tenía, deshice el nudo que en mi garganta se había creado y contesté a aquel agente de la seguridad:

—No sé si sabrá quién soy, pero estoy esperando al sargento para contestar algunas preguntas.

Él se quedó mirándome fríamente, como es normal en un policía, y con un toque de cabeza y un medio suspiro me hizo una seña de afirmación.

Y al instante llegó el sargento, me puso la mano en el hombro.

—Chico, si tienes algo que hacer puedes irte. Luego nos veremos en la comisaría. Déjale tu número de móvil al agente y te llamaremos.

Le dejé el número al agente, entré a por mi vieja mochila y decidí ir andando hasta la casa de mi vecina y buena amiga Sara. No sin antes de despedirme de mi amigo y fiel compañero Rocco.

—Rocco, no te preocupes, volveré. Cuida de la casa.

Me miró y yo me quedé convencido de que me había entendido y me esperaría.

Anduve hasta la casa de mi vieja amiga Sara, toqué a la puerta y salió su madre a recibirme; me conoció enseguida.

—¡Toni, cuánto tiempo! ¿Cómo te encuentras? Nos hemos enterado esta mañana en el supermercado de la tragedia. Pasa y tomaremos un té.

Hablamos un largo rato. Ella, siempre prudente, no quiso tocar nunca el tema de mis padres. Y yo le pregunté:

—¿Dónde está Sara?

—¡Sara! Se fue a San Francisco, se enamoró y se marchó a hacer su vida, pero aún tenemos la suerte de que viene muy a menudo.

Siempre estuve loco por ella y mi estómago rechinó al saber que se había marchado con otro.

—¡Qué afortunado ha sido ese hombre!

—¡No, Toni, no! Esa mujer. Se enamoró de Vero, la hija de la farmacéutica.

No salía de mi asombro. Era ilógico para mi perseverante mente, que dormía en el recuerdo equívoco. En ese momento sonó el

móvil. Era el sargento, tenía que ir a la comisaría inmediatamente y no tenía vehículo.

—Bien, me tengo que marchar, ¿me podría dar el número de teléfono de algún taxista o de alguna compañía cercana?

—¿Para qué, Toni? ¿A dónde tienes que ir?

—Me ha llamado el sargento y tengo que ir a la comisaría, en Dallas.

—¡No te preocupes! Llamaré a mi marido y te llevará. Está en el campo, no tardará mucho en venir.

Cogió el móvil, marcó.

—¡Sí! John, ¿puedes venir? Está aquí Toni y lo tienes que acercar a Dallas ¿Cómo que quién soy? Pues tu mujer ¿Cómo que no tienes mujer? ¡Vaya, perdona, señor Tobías! Me he equivocado. Malditos móviles, he llamado al carnicero. Estas comodidades modernas no están hechas para nuestras mentes. Nosotros tenemos ya todo acartonado y nos cuesta mucho desmembrarlo.

Marcó otra vez y al instante llegó su marido. Me llevó a la comisaría y entré.

Aquel larguirucho sargento me estaba esperando con una sonrisa apaciguadora, como si fuese un bombero que me salvaba del fuego.

—Siéntate, chico. Bien, el taxista nos confirmó tu coartada y todo coincide. Además, hemos hecho otras investigaciones sobre las pisadas y estás descartado, de momento, con lo ocurrido. Ya puedes dormir tranquilo.

Qué amabilidad ingrata y falta a mi persona y a mi ser estaba interpretando en ese momento. Como si mi mayor problema fuese algo que no había pasado por mi cabeza.

—Entonces ya puedo irme.

—¡Sí! Si es lo que te apetece.

Lo miré sin recelo de venganza.

—Sí, es justo lo que me apetece.

—¡Vale, chico! Puedes irte. Pero estaremos en contacto. Es conveniente que no salgas del país. Por curiosidad, ¿estarás por aquí?

—No, me voy a Nueva York.

Cerré la puerta y me liberé de aquellas llamaradas que me quemaban y me seguían detrás de mi sufrimiento.

Cogí el primer vuelo que pude. No sin antes llamar a mi amigo de universidad, que trabajaba en una empresa de mi larga familia, como comercial.

Mi padre es heredero de una de las familias más ricas de América, casi como un jeque árabe, pero con traje y corbata. Mis abuelos empezaron de la nada, como mucha gente en esta vida, y tras varios fracasos tuvieron su momento de gloria y de ahí ya no pararon hasta que fallecieron en un accidente aéreo mientras iban en su avión privado recorriendo el mundo; porque para ellos los lugares más recónditos del mundo se convirtieron en barrios de su mundo, que surcaban como cualquiera se planteaba ir a la vuelta de la esquina o a la ciudad más cercana. Se convirtió en un *hobby* que les costó la vida en uno de sus trayectos.

Tuvieron siete hijos, de los cuales tres eran chicas. Repartieron su fortuna entre todos y todos la siguieron agrandando, menos mi tío Sam. Él era el bohemio de la familia, decía que él tenía otros planes para encontrar su felicidad. La verdad es que a muchos de mis tíos y primos no les ha ido muy bien en lo personal. Hay algunos que ni se quieren ver, otros han visitado todas las clínicas de desintoxicación y otros ya no saben con quién están casados, llevan vidas aparte. Y así infinidad de cosas en las que solo los lujos les maquillan su felicidad.

En ese vuelo extraño, en el que las nubes eran mi suelo yo miraba más arriba de ellas para saber en qué cielo estarían mis padres, porque aquí los únicos ángeles que veía eran unas azafatas vestidas de azul, y mis compañeros eran unos viajeros que vagaban por las nubes como yo, esperando regresar a la tierra y seguir con sus vidas, volví a recaer en la desesperación, en el razonamiento vulgar de hacerme preguntas que ni yo podía contestar. Quería ser mi propio psicólogo y encontrar la recuperación en la desesperación de no manejar bien los caminos de la realidad. Allí sentado, saqué

aquella pequeña foto que brillaba sobre las nubes. Pude ver el reflejo de felicidad que emanaba de la cara de mis pequeñas hermanas. Dos ángeles volando entre las nubes, dos alegrías y una vida trucada por la casualidad, la probabilidad o la mala suerte. Yo creo que somos como pasadizos de un laberinto en los que los caminos que elegimos nos hacen llegar a un final o quedarnos encerrados en alguno de ellos, pero aun así la vida te puede trucar la tuya y tienes que aceptar cosas que van unidas a las probabilidades, no a las circunstancias ni a las casualidades.

Supongo que el sargento a estas alturas ya se habrá enterado de que una de mis hermanas aún sobrevive. Me imponía mucho meterla por el medio en este asunto, ya que la verdad, realmente, no sé por dónde para. Realmente tras la pérdida de una de mis hermanas, fue cuando mis padres, mi padre en especial, decidió dejarlo todo e irse a la granja. A llevar una vida más tranquila, como decía mi padre; a ver la vida de otra manera, más pura, más sencilla y apreciar las cosas como son. Lo que realmente tiene importancia al cabo del día, para que sumados tantos días de alegría, tu vida sea más rica en sensaciones y en recuerdos placenteros. También decía que no se podía tener todo en la vida, supongo que era por la pérdida de mi hermana, pero qué lástima que tuviera que abrir los ojos tras pasar eso, pero también decía que nunca es tarde. Siempre me decía más o menos lo mismo todos los veranos que llegaba de estudiar y, al final, creo que va a conseguir que me lo crea.

La tarde se acobardaba de mí, entre guiños y sombras me seguía en mi majestuosa soledad, que se rendía cada instante que el recuerdo aparecía en mi mente desconsolada. El viajar aquí arriba por encima de las nubes, el untarme entre medio del cielo y estar cerca de él, de ese cielo que señalamos con el dedo y nuestras miradas más de una vez se enfrentan a él para bien o para mal. Por ese cielo es por el que vuelo sin alas en mi espalda y sin ver ángeles reposando en el fino colchón blanco que cubre el azul infinito. Solo yo y unos cuantos viajeros con sus mentes ocupadas en sus sueños, en sus quehaceres diarios, convivimos en ese cielo que des-

de la Tierra parece la salvación del mundo y en mi cabeza todo son preguntas sin ninguna respuesta. Es un enlace entre mi tristeza y mi esperanza que necesito resolver.

Allí, en las nubes, recordé el placer que es estar vivo. A mi hermana no le dio tiempo a experimentar tantas cosas y espero que esté con los ángeles, allí donde la tranquilidad reine.

En este momento en que vuelo lleno de problemas, pienso por qué nos tenemos que dar cuenta de la importancia de la vida y lo grande que pudiera ser a nuestro alrededor, cuando te pasa una desgracia y tu vida se inutiliza dentro de tu cuerpo congelado por tus rencores y tu presente, con un futuro que no hay que llenar con lamentos. ¿Será que para darse cuenta de una parte de la vida tenemos que perder otra?

«Espero no llegar tarde al cielo y saber lo que es vivir de verdad aquí en la tierra. Espero darme cuenta de lo que realmente importa y reír hasta que mi vida ya no duerma aquí y mis sueños felices sean mi auténtica vida y mi presente». Ese recordatorio frenó mi casual estado de imperfección de la vida, que sentía sentado en aquel asiento del avión.

Me levanté para ir al servicio entre pequeñas pausas de mi cerebro. El cielo laminado compactaba con los rayos de sol. Mis pasos eran mudos, parecía que me estiraban de una cuerda en la que no se veía el final. Las acuarelas que dibujaban mi vida se iban destiñendo y mi ansiedad pedía paz y tranquilidad. Espero encontrar el sosiego y poder desahogarme, expulsar todo aquello que encinta mi cuerpo en Nueva York, allí donde me dejé a mi amigo de jergas eternas bañadas en piscinas de alcohol sin comprensión a la buena y a la placentera vida.

En la transparencia del aeropuerto me acogía mi buen amigo Fran, con la sonrisa instalada en su cara, para albergar una alegría y un suspiro hondo en el fondo de su pesar. Siempre decimos que los amigos caben en los dedos de una mano, pero yo creo que puedes tener muchos más amigos si consideras y respetas a la gente de distinta manera, a cada uno como es él y lo respetas a su manera, con sus fallos y con

sus defectos. Y, sobre todo, saber perdonar y darle tiempo a la gente para aprender y rectificar es fundamental para ti y para el que se lo das. «Todo en esta vida tiene fallos, no hay nadie que encuentre la misma cosa perfecta, pero todo en esta vida se puede rectificar, para que las cosas funcionen mejor, y las personas en especial».

Nos relajamos en un profundo abrazo, nos miramos a los ojos y nuestros sentimientos se reflejaron en ellos. Pasamos de absurdas palabras de consolación.

Nos subimos a una gran limusina —que supongo que sería de la empresa— que nos esperaba fuera.

—Esta noche le he preparado una gran fiesta, va a ser una noche especial. Es usted mi invitado y le llevaré por sus recuerdos de juventud, por sus momentos nocturnos en Nueva York —me decía con una voz de comediante barato—. Hoy es el día del pasado y del presente.

Bajamos por unas escaleras grises, de metamorfosis de cualquier noche de los setenta. Entramos en un comedor amplio, con sofás acolchados rojos e incandescentes focos en el techo. Las paredes podrían haberse sacado de cualquier cuadro de Picasso, pero sin sentimientos, con unas grandes pantallas que parecían lonchas de jamón ahumado. Las voces se enhebraban entre el humo y el sonido. La prohibición no había llegado hasta estos lugares de ocio nocturno, en los que las sonrisas son terapias de por vida si no sabes reírte de ti mismo. Creo que la música en muchos de estos sitios solo es el sustituto perfecto para justificar el lugar. Nos dispusimos a tomar un whisky y me preguntó de qué clase lo quería, a este paladar que en toda su vida solo se bebió el vicio.

—El que más te agrade —contesté.

Giró la cabeza y con los dos vasos en la mano disimuló un guiño y añadió:

—Te voy a contar algo muy importante en este mundo —los ojos se le llenaron de brillo, como el de un enamorado, pero con una mirada fría y endemoniada—. El mundo del marketing, de los símbolos. Siéntate.

Me cogió, puso los vasos en la mesa y gesticuló con sus brazos, abriéndolos al vacío.

—Desde que nacemos siempre reconocemos ciertos símbolos, los aceptamos como objetos cotidianos de nuestra vida y los llevamos dentro de nuestro aprendizaje. Igual que el aprender a andar o a comer o a hablar. Estos no serían necesidades, pero nos los imponen como tal y forman parte de nuestro entorno. Y siempre los recordaremos por su significado y siempre formarán parte nuestra, como la manera de conducir, los sitios donde podemos comprar comida o comerla, donde podemos ir a repostar, qué clase de marca de ropa llevamos puesta...

Serán nuestros lazos con la supervivencia y con la manera de vivir que nos imponen y ahí entro yo. Yo trabajo para unas multinacionales de las que más utilizan los símbolos; claro está, después de la Iglesia; todo el mundo cuando ve una cruz la relaciona con ella.

—¿Quieres decir que también es marketing?

—No, yo no digo eso. ¡Dios me perdone! —dijo mirando al cielo—. Pero sí que me baso en el símbolo de la cruz para realizar mi proceso, no en su significado religioso ¡faltaría más! En lo que la gente relaciona el símbolo de la cruz y lo universal que es y el significado que tiene para todo el mundo, sea de la cultura o del país que sea, siempre tiene el mismo significado para todos y es reconocido. Y yo utilizo el lenguaje de los símbolos para poner símbolos a mis productos y que la gente los vea y los relacione con lo que conlleva ese producto. Eso hace que desde tu sentido de la vista, que es el más traicionero de todos nuestros sentidos, es superficial y es el más fácil de engañar, puedas reconocer una empresa o un producto y saber los servicios que da esa empresa y los productos que conlleva ese símbolo. Y siempre nos llamarán más la atención que todo lo que haya a su alrededor. Y ya no hablemos de sabores, es como la comida de nuestra madre, siempre es la mejor. Si tú acostumbras desde pequeño a unos sabores a un niño, siempre los va a recordar y siempre buscará esos sabores antes de probar nuevos. Eso sí que es globalización capitalista, el mundo de

la publicidad galopante. En mis empresas entran desde tabacaleras hasta restaurantes de comida rápida, refrescos...

Suspiro, alzo la cabeza.

—Brindemos por el marketing publicitario.

Y, señalándome con el dedo, dijo:

—Pues eso no es nada. Hay algo más importante, la gran pantalla y la pequeña. Ahí es donde nos han metido lo que forma parte de nuestra vida.

Luego se volvió a sentar y mirándome fijo, me dijo:

—Unos anuncios de juventud, de alegría.

De repente se levantó y dio una vuelta entera.

—¡Uuuuh! El cine y el tabaco. Desde que tienes sentido de la razón, y mucho antes de tenerlo, ya te lo han metido en tus series, en tus mejores películas y hasta lo toman tus actores preferidos, tus ídolos, cantantes, políticos, escritores, presentadores... —se acercó a mí—. ¿Pero sabes lo que más me revienta de esto y no son las empresas que represento?

Mira a tu alrededor, gente inocente discriminada por algo que ya es parte de su cultura, con problemas de adicción para el resto de sus vidas y que hay que aceptar así. ¿Quién es el culpable? Las tabacaleras, sus repartidores. O todos ponemos nuestro granito de arena, sobre todo la gente que tiene poder en su personalidad para rectificar sus actos y enseñar a la gente que aún no ha entrado en este tipo de sociedad engañosa y perjudicial para todos. Mucha gente es la imagen para millones de personas y no se da cuenta de lo que expresan a millones de personas con sus actos inocentes y sin sentido. Hollywood es prueba de ello. Me gustaría saber el dinero que pagan por fumar hoy en día en una película o que se dieran cuenta muchos superactores de lo que le están diciendo a mucha gente, sobre todo a los niños y a los jóvenes, realizando ese acto en sus películas, que en realidad es un acto sin sentido para el guion de cualquier película.

—Yo creo que cada uno es libre de hacer con su cuerpo lo que quiera.



—Sí, pero cuando tienes una adicción, cuando no la tomas sufres el síndrome de ansiedad, mal humor y demás... Entonces, significa que ella hace contigo lo que quiere y tú ya no eres tú porque sin ella no te encuentras bien. Es un amor sin sentimientos, adictivo al cien por cien y esto se resume a todas. Lo que pasa es que el fumar parece que es lo más humano.

—Sí, puedes tener razón. He visto repetitivamente a mucha gente querer dejarlo y no ha podido. Incluso a muchos padres reconocerlo involuntariamente delante de sus hijos y volver a caer. La verdad es que el ejemplo no es el mejor para alguien que empieza a abrir los ojos en este mundo, la falta de capacidad de no poner dejar una sustancia.

Nos bebimos de un trago el whisky.

—Esta también podría ser una de ellas, si la utilizamos a diario y sin sentido. Necesitamos ese vertedero de líquidos que enmudecen nuestra vergüenza y nos avergüenzan en muchas celebraciones, donde siempre es el centro de la celebración.

Desdoblamos nuestra personalidad con esa sustancia para poder relajarnos, salir de nosotros mismos y encontrar una diversión dibujada; eso es lo que hace el irse haciendo mayor y perder ese trocito de sabiduría oculta que te enseña en la niñez a reír con el corazón en la mano y en armonía con tu persona, con tu presente y con todo lo que te rodea al mismo tiempo. Si nos buscáramos cada cierto tiempo en nuestro interior y buscáramos la manera de disfrutar de nosotros mismos y entender lo que tenemos a nuestro alrededor, entonces quizás no tendríamos tantos momentos en blanco o perdidos sin fundamento al cabo del tiempo. Ven, vámonos, que aún no ha empezado la noche.

Salimos de aquel pub. Y antes de poner un pie en la retorcida noche, donde todos lucían sus trajes de gala y hacían cola para entrar en aquel pub:

—¡Mira esos, ¡seguro que no hacen cola para entrar en el pub.

Eran los típicos niños pijos, con sus deportivos aparcados en la puerta.

—Luego dicen que el dinero no hace. Menos mal que no lo es todo en la vida.

—¿Cómo que el dinero no lo es todo?

Dio un salto, se subió encima del capó de un coche, levantó los brazos al cielo, su cara sonrojada por el neón del cartel del pub, les cogió el vaso a unas chicas que pasaban, en su mano derecha, derramando parte de él, y gritó:

—¿Que no hace falta tener dinero para ser feliz? ¿Es eso lo que quieres decir?

Se me quedó mirando, soltó una carcajada, se agachó, me cogió de la camiseta, abrió sus ojos brillantados por la noche, retiró sus cejas mirando al cielo y me dijo con voz bohemía:

—¡No, claro que no! Pero si lo debes, sí. Y si no lo tienes, simplemente para apenas sobrevivir en un entorno consumista, te puede marginar tu vida.

Bebió como si de su último trago se tratara, dio un salto y bajó del capó del coche.

—Este mundo es un volcán enorme que hierve sin cesar.

—¿Has dicho un volcán?

Mi corazón se aceleró y se desprendió mi interior pensando en la venganza en ese momento.

—Sí, un volcán ¿Qué pasa? ¿Por qué pones esa cara?

—No te lo he contado todo, a mis padres les habían dibujado un gran volcán con un ojo en su cráter, en la pared, donde estaban asesinados.

—¿Cómo has dicho? ¿Un volcán con un ojo en el cráter? ¿Dónde he visto yo algo parecido? ¡Creo..., sí! En mi oficina. Yo he visto uno en mi oficina.

—¡En tu oficina!

—Sí, en un programa viejo, en mi ordenador. Era un holograma como de la constitución de una empresa, pero fundada hace muchos años.

Alzó la mano y me enseñó un llavero bañado en oro.

—Y aquí tengo las llaves de la oficina.

Abrió la puerta de la limosina y dijo:  
—Vamos, Sherlock Holmes. Tu fiel amigo Watson te acompañará.

—¿Es posible que tenga relación?

—¡Da igual! De momento es la única pista que tienes. ¿Por qué no comprobarlo? Seguro que te quedas más tranquilo.

Mi mente se derretía entre pensamientos de plástico que formaban ideas vengativas entre mi ley y la justicia.

Llegamos a un gran edificio cristalizado. Entramos.

—Hola, señor Tomás.

—¿Qué tal, señorito Fran?

—Vamos un momento a mi oficina.

—¡Vaya horitas de trabajar! Subid.

—¿El señor Tomás? ¿Aún trabaja para nosotros?

—¿Cómo? ¿Tengo el placer de conocerle? ¡No puede ser, el señorito Toni! ¡Vaya, sí...! Ahora caigo. Parece que esté en una eterna juventud.

El señor Tomás era el conserje de la familia. Lo he visto prestando servicios en tantos sitios que casi no lo relacionaba aquí.

—¡Encantado!

—¡Igualmente!

Subimos por el ascensor acristalado, contemplando unas maravillosas vistas de Manhattan, hasta uno de los últimos pisos.

—Espera aquí un momento.

Me senté en un enorme sofá que debería utilizar como mirador.

—Enchufaré el ordenador y la buscaré.

Allí sentado, mi paciencia se consumía, pero el relax de aquellas vistas y mi pensamiento oculto, que descifraba partes de mi mente que no había puesto en funcionamiento en mi vida, me relajaban.

Era como una película en mi cabeza. Mientras, mi mente se disparaba y empezaba a ver la vida de otra manera. Creo que menos superficial.

Estaba haciendo interiorismo dentro de mi cuerpo, con remates de mis sentimientos que iban llenando mi interior.

—La encontré ¡Mira! Ven, aquí está el programa.

Mi cerebro se recubrió otra vez de incompreensión al ver aquel programa que reflejaba la pintura en la pared de la habitación de mis padres. Me froté el pelo como si estuviera reviviendo un recuerdo lejano y quisiera despegármelo, y mi asombro salió de mí.

—¡Son idénticas! Es casi imposible que esto no tenga relación. Apretó el enter.

—¡Pues aún te vas a sorprender más! ¿Sabes quiénes son los fundadores de esta empresa? Tu padre y dos tíos tuyos. Y hay un nombre que no conozco.

Me senté de nuevo en el sofá, me agarré a mi cabeza y me responsabilicé de mis actos venideros.

—Llévame a casa, tengo que descansar. Mañana tengo que hacer algunas preguntas y tengo que estar entero.

Bajamos en el ascensor, donde sus cristales me parecieron transparentar la vida al ascender, en una visión opaca de mi vida que descendía moralmente al mismo tiempo que mi cuerpo bajaba a poner los pies en tierra. Nos despedimos del señor Tomás.

—Espere, señorito Fran, quiero hablar un momento contigo.

—Espérame fuera, Toni, enseguida salgo —me dijo con una sonrisa algo siniestra.

Salí, pero unos ensordecedores gritos parecían provenir del vestíbulo. Me asomé y vi al señor Tomás regañando a mi amigo Fran como un loco, o peor. Me quedé al margen y lo espere fuera. Él salió sin decir palabra de lo ocurrido.

—Vamos, te llevaré a tu hotel.

La luna, embalsamada con su brillo, nos seguía hasta mi lujoso hotel.

—Allí arriba, en la última terraza que da al cielo, está tu apartamento. Es gentileza de tu tío Bobby. Cuando se enteró de que venías, al decírselo yo, por supuesto, quiso lo mejor para ti. Yo aún no llego a estos lujos. Lo de la limusina también fue él, y unos poquitos dólares que me dio para gastos, pero esos ya nos los gastaremos mañana. Que duermas bien. Te llamaré mañana.

—Buenas noches y gra...

Cerró la puerta de la limosina.

Se ha largado y ni le he dado las gracias. No creo que vaya a dormir. Miré mi reloj. Aún es pronto para él.

Entré en el edificio y di mi nombre al conserje.

—Sí, lo estábamos esperando. Suba en ese ascensor y apriete a la planta 58. La puerta 926 es la suya. Que descanse.

Subí, abrí la puerta y se abrió el lujoso cielo, como imaginaba. Toda clase de lujos estaban metidos en aquel amplio apartamento. Me duché y, mientras el agua caía por mi cabeza desorientada, me vino a la memoria aquella misteriosa agenda que cogí en el desván de mi casa. Me sequé, me cambié e hice una parada en el bar del apartamento y allí sentado, tomando mi penúltima copa sin quitarle ojo a mi mochila, mi curiosidad empezó a descubrirme y fui rápido y saqué aquella agenda.

Me senté en una hamaca de la terraza, que por cierto desequilibraba mi imagen de la vida, ante la vista galáctica que me ofrecía la noche de Nueva York, y abrí la agenda.

Tenía un aroma muy especial para mí, como muy familiar. O sería mi añoranza. Tenía una dedicatoria en la contraportada.

A mis años locos, a mi aprendizaje de la vida, sin saberlo, a la pérdida de conciencia y a la búsqueda de la felicidad, que encontré en cada momento que está escrito en este libro.

«La aceleración de mi corazón desgastaba mi pecho, para mí eran palabras divinas en esos momentos, pero mi caja abierta de sorpresas no paró ahí, seguía...

Los protagonistas están durmiendo en sueños de hojalata, mientras en las altas esferas ríen en bañeras repletas de oro fino, oro blanco que quema sus rostros y confunde aún más la realidad, aquí en la ciudad. Distorsionan sus mentes por falta de distracción, le dan a la vida un sentido irreal en el que ya no existen fronteras aquí, en la ciudad.

Aceras llenas de grasa, lluvia mojada de mentiras, rayos caen en forma de miseria, sombras negras en los callejones, mentiras

ingratas en el aire vuelan. Las conversaciones se hacen cortas, las distancias largas.

Figuraciones y deseos rabian en sus cerebros. Lágrimas que se convierten en risas y risas en lágrimas, qué amargo es el dolor de esta ciudad ingrata cuando cae el atardecer y el sol no es presencia en su tumulto de asfalto que empalaga el pánico en sus callejuelas restringidas de privilegios y sin seda blanca. El símbolo del poder entre cristales opacos que no dejan ver el verdadero sentido de la vida. Los días pasan y el paisaje se oscurece entre prisas y estrés que llevan en sus vidas cuerpos inertes que malgastan su entorno».

Era una descripción un poco oscura de una ciudad, pero igual algo cierta para alguien que convivió la mayor parte de su vida en la bohemia naturaleza en la que formó su fortaleza particular.

Y, de repente, la alegría vino en forma de música alada, que dio rienda suelta a mi cuerpo. Desnudé mis sentidos, mis brazos danzaban al son de «Every breath you take» de Police, mi cuerpo flotaba. Era la canción con la que más de uno sueña en su paraíso. Mi cuerpo se dejó mecer por el encanto de la música:

«...cada aliento que tomas  
cada movimiento que hagas  
cada lazo que rompas  
cada paso que des  
te estaré mirando...»

Mi mente silbaba esa canción una y otra vez en mis ratos de felicidad. El mundo se hizo pequeño y mi corazón grande al compás de:

«...cada uno de los días  
cada palabra que digas

cada juego que juegas  
cada noche que digas  
te estaré mirando  
oh, no puedes ver  
que me perteneces...»

Estuve un buen rato disfrutando de aquella música subido a la valla de la terraza, sin miedo a nada. Era la felicidad divina que se hacía eco de mí en aquel momento, una pausa en algodones blancos que acariciaban mi sonrisa:

«...Cómo me duele mi pobre corazón  
con cada paso que das  
desde que te has ido  
he estado perdido sin rumbo  
cuando sueño por la noche solo veo tu cara...»

Cerré los ojos y grabé ese momento y me prometí que me lo pondría una y otra vez, cuando estuviera desconsolado y triste.

Desde el rascacielos de enfrente, una bella joven la escuchaba y me miraba desde su pequeña terraza, y cada vez que me observaba y contemplaba la magia que sumía mi cuerpo, subía más el volumen de aquella canción:

«...Miro alrededor, pero eres tú  
lo que no puedo remplazar  
siento frío y echo de  
menos tus abrazos  
sigo llorando, cariño,  
cariño, por favor...»

Volví de un salto a la terraza y al momento que estaba vi-  
viendo, no sin antes darle las gracias a aquel ángel de juventud,  
que involuntariamente me había alegrado un momento de mi  
vida.